

de trabajar. Los misioneros se vieron obligados á ejercer por sí mismos todo género de aprendizaje, y á ocuparse en diez oficios á un mismo tiempo. Unas veces aceleraban los trabajos públicos de carpintería y albañilería, mucho mas con el ejemplo que con las palabras; y otras rompian tierras que jamás habian sido labradas, y para cultivar unos campos tan ingratos no tenian al principio mas que rejas de madera. Sembraban maíz, cebada, habas y todo género de legumbres. Otros cortaban árboles y los llevaban arrastrando á la reduccion (así se llamaban las habitaciones cristianas) para construir la iglesia y las casas. Algunos iban á las ciudades españolas á buscar vacas, ovejas, cabras, gallinas y otras aves domésticas, y las llevaban por espacio de ciento y de doscientas leguas de paises inhabitados.

Así el padre Cipriano Barace, fundador de la hermosa mision de los mojos, que fecundó con su sangre, guió, con el auxilio de algunos salvages cristianos, una vacada de doscientas reses, caminando para esto cincuenta y cuatro dias, muchas veces con el lodo hasta las rodillas, algunas con el agua hasta los sobacos, y continuamente espuestos á encontrarse con tigres y con antropófagos. En efecto, el padre Espinosa halló la corona del martirio en el ejercicio de una caridad tan extraordinaria. Llevando desde Santa Fe un ato de ovejas, fue acometido y muerto por unos salteadores de la nacion feróz de los guayaquiros. ¿Y quién será capaz de referir el número de los que, distinguidos como él por la nobleza de su nacimiento

ó por la superioridad de su mérito, se hicieron zagales y pastores, albañiles, carpinteros, tejedores, y se aplicaron á los trabajos mas viles y penosos con el único objeto de proporcionar á los indios convertidos la perseverancia, facilitándoles los medios de subsistir?

Mientras ellos trabajaban, estenuados con el sudor y el cansancio, el salvage perezoso se estaba con los brazos cruzados, á lo menos en los principios, ocupado horas enteras en contemplarlos con indiferencia, y ni aun le ocurría el pensamiento de ofrecerse á tomar parte en un trabajo que era para provecho suyo, y aun le podia sufrir infinitamente mejor que ningun europeo. Se levantaron casas, no muy buenas á la verdad, pues no eran mas que unas esteras sujetas con estacas y cubiertas con ramas entretegidas de juncos ó cañas, pero con simetría y con un aseo que podia pasar por magnificencia comparándole con las tristes chozas de los salvages. Poco á poco, y no sin gran trabajo, se los fue inclinando á que arrimasen el hombro al cultivo de las tierras. Hecha la sementera, se fueron, como antes, á cazar, á pescar y á buscar miel y frutas silvestres. A la vuelta hallaban una cosecha que suministraba una subsistencia cómoda para la estacion en que no produce la tierra, y les inspiraba nueva aficion al trabajo. Movidos con estos primeros ejemplos los salvages de los paises vecinos, adoptaron estas nuevas costumbres, y en poco tiempo se vió un gran número de poblaciones fijas, que con nombre de doctrinas ó reducciones se sujetaron

á un mismo tiempo á vivir bajo las leyes sociales y las cristianas. En aquellas habitaciones se formaron insensiblemente albañiles, carpinteros, cerrajeros, tejedores, arquitectos, escultores, pintores, grabadores y doradores. Las mugeres aprendieron á hilar, coser y bordar con tanto gusto y primor como se hace en Europa. El cristianismo prosperaba en la misma proporcion que las artes.

El establecimiento de las reducciones, propiamente tales, empezó en la provincia del Uruguai, que forma parte del Paraguai, bajo cuyo nombre comprendemos casi todo lo interior de la América meridional. Esta provincia, situada á la parte del Oriente, hácia el Brasil, está rodeada de una cordillera que encierra una llanura inmensa y fertilísima, regada de un estremo á otro, esto es, cerca de doscientas y treinta leguas por el rio de Uruguai, de donde toma el nombre. Poco despues se establecieron algunas reducciones en la provincia de Guaira que está mas al Norte y tiene unas llanuras igualmente fértiles y casi tan dilatadas. En unos lugares tan á propósito para el cultivo y en que se respira un aire muy saludable, hubo muy en breve hasta treinta reducciones, cada una de cuatro, cinco ó seis mil habitantes. Pero la provincia de Guaira no está distante del fuerte de San Pablo, guarida de los llamados mamelucos, que no tardaron en destruir aquellas recientes cristiandades.

34. Hácia el cabo de San Vicente, á la estremidad septentrional del Brasil, edificaron antiguamente los portugueses, sobre una roca casi inaccesible, la

ciudad ó fuerte de San Pablo. Está rodeado de montes intransitables y de bosques enmarañados que cierran todas sus entradas. Las campiñas inmediatas son fértiles y suministran para vivir cómoda y deliciosamente. Como los primeros colonos, que por la mayor parte eran gente moza y aventurera, no tenían mugeres, las tomaron de entre los bárbaros, y de esta mezcla nacieron unos hijos que tenían todos los vicios de sus madres, sin conservar ninguna buena cualidad de las que tal vez adornaron á sus padres. Incurrieron en un descrédito tan absoluto, que todas las colonias inmediatas hubieran creído deshonorarse si hubiesen tenido la menor comunicacion con ellos. Se los juzgó indignos del nombre de portugueses, y se les dió el de mamelucos, que no ha variado, á lo menos en aquella region. En efecto, solo en el nombre son portugueses y cristianos, pues no obedecen al Rey de Portugal sino en cuanto esta obediencia les proporciona alguna utilidad, y si toman todavía el nombre de cristianos, es para desacreditarle con la enorme oposicion que hay entre su vida y las leyes del cristianismo.

35. La ciudad de San Pablo no tenía al principio mas de cuatrocientos habitantes, con inclusion de los negros y americanos; y ahora hay muchos millares, sacados, por decirlo así, de la escoria de todas las naciones, puesto que es el receptáculo de los bandidos que se libraron del cadalso, así en Europa como en América, y pretenden egercer impunemente el latrocinio. Se glorían los mamelucos de no obedecer á

ninguna potencia , y en efecto forman una especie de república independiente. La situacion ventajosa de su ciudad y las fortificaciones que hicieron en ella , quitaron á los portugueses , si no el deseo , á lo menos la esperanza de reducirlos. Desde que se sustrajeron de la autoridad de los Vireyes del Brasil , se dieron á un género de latrocinio desusado aun entre los salvajes mas inhumanos. Se esparcian todos los años por las poblaciones circunvecinas , y tambien por las mas remotas , y llevaban esclavos una infinidad de indios , con los cuales no tenian ninguna desavenencia , para destinarlos al trabajo de las plantaciones y al beneficio de las minas de oro que hay en sus montes. Destruyeron todas las provincias del Paraguai y la de Guaira , y penetraron muchas veces hasta las orillas del Marañon y las del rio de la Plata , corriendo mas de mil leguas en cinco ó seis meses. Ellos fueron principalmente los que despoblaron aquella vasta region , y de tantos hombres como llevaban esclavos , solian morir ciento por uno , ya del cansancio y de la miseria que padecian en el camino , ya del aire inficionado de las minas , ó del trabajo excesivo de las plantaciones. Segun un registro auténtico , de trescientos mil indios esclavizados por los mamelucos en cinco años , no quedaron mas que veinte mil.

Con respecto á la religion , no habia estratagema que no inspirase el infierno á aquellos malvados para arruinar la obra de Dios. Muchas veces se vestian de misioneros y de catequistas para sorprender á los indios , con cuyo motivo perdieron los verdaderos

misioneros la confianza de una infinidad de poblaciones , y el establecimiento del Evangelio halló por mucho tiempo un obstáculo insuperable. En la provincia de Guaira , que era la mas inmediata y la mas espuesta á sus artificios , acometian á cara descubierta con fuerzas superiores , y repitieron con tanta frecuencia los ataques , que arruinaron enteramente trece reducciones , en las cuales quitaron la vida ó la libertad á ochenta y cinco mil neófitos.

Para salvar las cortas reliquias de aquellas habitaciones , cuya desgraciada suerte impedia la conversion de sus vecinos que temian experimentar iguales calamidades , sus prudentes pastores tomaron el partido de trasplantarlos con increíble trabajo á ciento y treinta leguas de distancia , en las orillas mucho menos accesibles del Paraná. Llegaron en número de unos doce mil , y con ellos se formaron las reducciones de Loreto y de San Ignacio. Despues se establecieron otras muchas habitaciones entre los rios de Paraná y de Uruguai , y se dispusieron todas de tal modo que pudiesen atender mutuamente á su seguridad y contribuir á su defensa. En lo sucesivo se hicieron tan aguerridos aquellos valerosos neófitos , que volvieron á apoderarse del país que habian abandonado , donde edificaron nuevas reducciones y se pusieron en estado de no temer á los mamelucos , á quienes obligaron mas de una vez á arrepentirse de sus nuevos insultos.

A fines del siglo pasado se contaban en la sola provincia de Guaira , entre el Paraná y el Uruguai ,

treinta y dos reducciones y mas de ciento y veinte mil indios convertidos. Se habian establecido otras muchas reducciones inmediatas unas á otras entre el Uruguai y el Brasil, y otras hácia el septentrion, en las orillas del Mamora, que desemboca en el rio de las Amazonas.

A la otra parte de la América meridional, sin llegar á las provincias marítimas, hay tambien una vasta region, rodeada al poniente por las montañas de Chile y del Perú, y al oriente por el rio del Paraguay. Su longitud es de mas de cuatrocientas leguas, y su latitud como de unas ciento y cincuenta. La riegan los grandes rios de Pilcomayo, Vermejo y Salado, además de otros muchos bastante caudalosos. Estos lugares están habitados por diferentes pueblos, entre los cuales los chiriguanos, que están al norte, son los mas formidables, ó á lo menos los mas intratables. Tirando mas hácia el norte se encuentra el gran lago de los Garayos, donde nace el rio de Paraguay. Este país está principalmente habitado por los manacicas y los chiquitos, ó á lo menos son éstos los habitantes mas conocidos.

36. Muchas veces se habia intentado, aunque en vano, introducir el cristianismo entre aquellos bárbaros feroces, cuando el padre Arce, acompañado del padre Zea, se aprovechó de las favorables circunstancias, que solo podian ser obra de la divina Providencia (1). Dos naciones vecinas estaban en guerra, y se destruian recíprocamente. Aquel misionero, por

(1) *Ibid.* c. 12.

medio de cierta elocuencia natural, y del talento que tenia para la conciliacion, logró restablecer entre ellas la paz y la concordia. Casi al mismo tiempo consiguió el perdón de uno de sus compatriotas, condenado á muerte por el gobernador de una ciudad española. Cuando estos pueblos estaban atónitos al considerar una caridad tan nueva para ellos, les propuso que abrazasen la religion que inspiraba semejantes virtudes. Al momento decretaron los caciques una junta general para deliberar sobre la propuesta de su bienhechor. A la noche siguiente acudieron todos al lugar señalado, y se trató del asunto desde media noche hasta la madrugada, en cuyo tiempo estuvo el varon apostólico suplicando al Padre de las luces que iluminase á aquellos pobres ciegos. Se resolvió unánimemente que la ley cristiana se admitia en el país; pero con la condicion de que no se obligase á salir á los que no quisiesen abrazarla. Aunque la condicion no dejaba de tener sus inconvenientes, fue aceptada por el misionero, que lleno de confianza en Dios, se prometió, y no en vano, que los mas endurecidos, léjos de seducir á los otros, se dejarian vencer poco á poco con el buen ejemplo.

En las memorias publicadas por un canónigo español, que habia sido mucho tiempo testigo y admirador de los trabajos apostólicos del padre Diaz, se refiere (1) que este pastor infatigable, no contento con los trabajos de su reduccion, recorria en aquellas

(1) *Murator.* c. 19.